



José de Benito



La conjura del Puerto de Santa María

De Estampas de España e Indias



El señor Conde de La Bisbal y sus sentimientos liberales, 1819

Olímpico, pomposo y condescendiente, el señor Conde de La Bisbal se dignó dar a entender a los oficiales de la guarnición de Cádiz que acudiría a la entrevista a que se le invitaba para concertar el levantamiento cuyo fin era proclamar la Constitución doceañista y acabar con el servilismo.

El señor Conde de La Bisbal -arrogante prestancia de ex regente de las Cortes generales y extraordinarias de la nación, reunidas en la isla de León- había dejado entrever a los emisarios del Ejército, con palabras entre anodinas y misteriosas, que, a pesar de todo, él, en el fondo, tenía sentimientos liberales. Y no dejaba de ser su afirmación un tanto cierta.

El señor Conde de La Bisbal -o del Abisbal como gustaba firmar don Enrique O'Donnell, capitán general del Ejército- se había adelantado en 1814 hacia el «amado monarca» Fernando VII, al regresar éste de su prisión en Francia, con dos discursos altisonantes. En el uno se cantaban las excelencias de la autoridad absoluta del soberano y los deberes de los españoles de someterse a la «paternal» sabiduría del príncipe; en el otro se hablaba de las ventajas que para la nación habría de significar el desenvolvimiento progresivo de las instituciones populares. Las voces «progreso», «libertad», «democracia», «pueblo» y «nación», tenían un sonido metálico de falsete ampuloso cuando eran pronunciadas -168- por la importante caja de resonancia bucal de su excelencia.

Pero en tan señalada ocasión como la del regreso del rey a su pueblo que había combatido heroicamente por él y por la libertad de España, tan hermosos vocablos quedaron en el fondo de uno de los bolsillos de la casaca del señor Conde de La Bisbal. Por eso tenía un poco de verdad lo de que «en el fondo» había en él algo de sentimientos liberales.

Los sentimientos liberales del señor Conde de La Bisbal cabían en unas hojas de papel; las hojas cabían en un bolsillo interior de la casaca, y esa casaca cabía con holgura en el bien nutrido guardarropa del señor Conde de La Bisbal o del Abisbal, que, con no reclamarla de su hierático ordenanza de cámara, podía caer en desuso, quedando allá en el fondo y olvidados los sentimientos liberales de su excelencia.

La expedición preparada para acudir en ayuda del general Morillo y, al reforzar sus efectivos diezmados por los patriotas americanos y por las fiebres, tratar de dominar la guerra de la independencia de los virreinos de la Nueva Granada y del Perú, de la Audiencia de Quito y de la capitanía general de Venezuela, había congregado en la ciudad de Cádiz un fuerte ejército expedicionario. Los conspiradores de las logias, de los clubs y de las sociedades secretas, entre los que figuraban muchos militares, habían logrado llevar su acción y su influencia a destacados jefes de ese ejército expedicionario.

El «negocio» de los barcos transportes comprados al zar Alejandro II, que resultaron no estar en condiciones de navegabilidad, sirvió, hábilmente explotado por los conspiradores, para minar los cimientos del Absolutismo, al que nada importaba la seguridad y aun la vida de los soldados españoles.

Se tenía la impresión de que la travesía no podía cumplirse en esos buques comidos de broma, y que la expedición estaba abocada a un desastre. Se habían presentado además varias epidemias entre la tropa por las -169- insanas condiciones del acuartelamiento, y los agentes liberales, moviéndose con actividad, extendían y ahondaban el descontento.

El señor Conde de La Bisbal -con sentimientos liberales en el fondo- se había dejado insinuar el deseo de algunos jefes de que pusiera su «espada prestigiosa» al servicio de la causa de la libertad, asumiendo el mando del movimiento que de un momento a otro estaba para lanzarse.

Para concretar las proposiciones y coordinar la acción se le había citado a una reunión en el Puerto de Santa María. El señor Conde de La Bisbal preciábase de estrategia y de táctico. Su estrategia le aconsejaba asistir; su táctica le hizo adoptar disposiciones previas. Las ambiciones de un general aristócrata que debía al pueblo posición y gloria e incluso el haber sido tratado de alteza durante su regencia, no conocían límite. Le quedaba aún una bella condecoración que añadir a las que en solemnes ocasiones colgaban de su aguerrido pecho: la gran cruz de Carlos III. Se hacía necesario conquistarla y para ello su excelencia no se paraba en barras. Las tenía otorgadas por el pueblo y por el rey absoluto. Rey y pueblo podían subir o descender en la marejada política; el señor Conde de La Bisbal, de cada vaivén, de cada alternativa, lograba en elegante volatín prenderse una nueva presea en su uniforme tachonado de condecoraciones. Un milite de su prosapia sobrenadaba siempre en las turbulencias de aquella España dolorida y exhausta.

* * *

La carretela del general jefe, señor Conde de La Bisbal, avanzaba desde Cádiz hacia el Puerto de Santa María, dejando tras de sí nubes de polvo cuyas partículas brillaban al sol de aquella tarde de Andalucía del 7 de julio de 1819. Los espléndidos trotones del negro tronco que la arrastraba, marcaban, junto a los arneses, sobre el azabache luciente de su pelo, las manchas blancas del sudor con que les decoraba el ejercicio a pleno sol.

-170-

El cochero hacía restallar al aire el látigo para avivar el trote y el chasquido silenciaba por un instante el monótono canto de las chicharras. Su excelencia quería llegar al cuartel de la brigada con acantonamiento en el Puerto a las seis de la tarde.

Ampliamente repantigado en los asientos posteriores del coche, el señor Conde de La Bisbal comunicaba sus instrucciones al ayudante, que, sentado frente a él, le escuchaba entre respetuoso y bobalicón. De vez en cuando, en alguna curva del camino, los rayos del sol se posaban sobre los esmaltes de las cruces que refulgían en el pecho del ilustre «mílite», y el destello daba insospechadamente en los ojos poco expresivos del ayudante de su excelencia, que, no atreviéndose siquiera a pestañear, aguantaba el relámpago hasta saltársele las lágrimas.

A la entrada del Puerto se detuvo la carretela ante una casa de dos pisos, con tres balcones en el de arriba y dos grandes ventanales con abombadas rejas en el bajo. Sobre la puerta un escudo labrado en piedra sillar, bastante maltratado por el tiempo, hablaba de blasones no demasiado recientes. El ayudante saltó ligero del carruaje, abrió la cancela, que sólo se encontraba entornada, y se internó en ella para salir a los pocos minutos y ocupar de nuevo su asiento frente a su general. Éste, que había mirado con recelo hacia atrás y adelante mientras el joven oficial había permanecido en el interior de la casa, le interrogó con la mirada, y el ayudante sin abrir la boca hizo un gesto solemnemente afirmativo y ordenó al cochero:

-Al cuartel de la brigada.

Arrancó el carruaje en brusca sacudida que hizo bambolearse al señor conde dejando oír el tintineo metálico de sus preseas, y, hasta que divisó la entrada del cuartel del regimiento de la Corona, una sonrisa sibilina fue iluminando la severa faz del ilustre prócer.

* * *

-171-

El cuarto de banderas del regimiento de la Corona albergaba a la mayor parte de los jefes de los diversos acantonamientos del cuerpo expedicionario preparado para embarque hacia América. Un cierto nerviosismo impedía que la conversación se generalizara.

-¿Y prometió estar aquí a las seis? -preguntó impaciente un joven capitán graduado de teniente coronel.

-Sus palabras fueron exactamente, exac-ta-men-te: «Espérenme ustedes.» Y yo le había dicho que hoy a las seis sería para nosotros un gran honor que nuestro general nos acompañase a merendar -respondió un coronel de infantería poseído de la transcendencia de su intervención.

Se preparaba a continuar, sin duda, cuando las cornetas sonaron en el cuerpo de guardia anunciando la llegada del general jefe.

El silencio era eléctrico. Los tres jefes de mayor graduación: un brigadier y dos coroneles, entre ellos el que acababa de hablar, salieron en busca del importante invitado que llegaba.

El resto de los jefes y oficiales se pusieron en pie en posición de firmes. Uno de ellos se atrevió a formular a media voz la duda que le atormentaba:

-¿No pasará como en lo de Alicante?

Si las miradas pulverizasen, el comandante que se había atrevido a romper el silencio, hubiese quedado aniquilado. Pero no hubo tiempo para que nadie contestara.

Se oyeron pasos en el corredor inmediato, por el que habían ido a esperar al general los tres jefes, y al cabo de unos segundos llenos de solemnidad, la silueta del señor Conde de La Bisbal se recortaba majestuosa en el marco de la puerta.

-Buenas tardes, señores -dejó que su saludo impresionase a los allí congregados y agregó-. No creo que les cause sorpresa mi presencia. Correspondo a su confianza y acepté compartir con ustedes la merienda de esta tarde.

Rebotaban las palabras del prócer.

-172-

-Mi general -dijo el coronel que antes había anunciado la aceptación del convite-, como suponemos que el tiempo de vucencia es precioso, y estamos aquí ya los principalmente interesados, si vucencia lo desea podemos pasar al comedor que se ha preparado. Allí se encuentran varios amigos a quienes creo vucencia conoce y que, por no ser oficiales, hemos preferido que no aguardasen en banderas.

-Pasemos, señores; el servicio de la patria así lo aconseja y nunca podrá decirse que he vacilado en él -sentenció el conde. Y seguido del brigadier, de tres coroneles, uno de cada arma, de cuatro tenientes coroneles, cinco comandantes y doce oficiales entre capitanes y tenientes, el excelentísimo señor Conde de La Bisbal, ex regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias del año 1810, se internó por los pasillos y corredores del cuartel, con digno continente, como cuadraba a quien «en el fondo» tenía sentimientos liberales.

* * *

El aspecto del comedor de oficiales era inusitado. Un retrato de su majestad el rey don Fernando VII en uniforme de capitán general del Ejército, debido al pincel no demasiado hábil de algún pintor provinciano, ocupaba el centro de una de las paredes, la del fondo según se entraba en la habitación. En la de la

izquierda, dos panoplias con sables, y pistoletes se emparejaban equidistantes. En la de la derecha, dos balcones que se abrían sobre el amplio patio del cuartel hubieran permitido la entrada de la luz, si los cuarterones no estuviesen cerrados. En un rincón, un reloj de caja medía el tiempo con su monótono tic-tac. Sobre la mesa tres grandes velones de Lucena iluminaban a los circunstantes con reflejos entre rojizos y amarillentos. La seriedad de lo que allí iba a tratarse se observaba en los rostros de militares y paisanos. Se habían hecho las presentaciones de rigor. Entre los concurrentes se encontraban un enviado de la Logia de Madrid y cuatro representantes -173- de los clubs y de la Gran Logia de Cádiz. El señor Conde de La Bisbal presidía la mesa con majestad hierática.

-No sé, en verdad, señores, si mi presencia aquí la hubiera aconsejado una conducta prudente; pero se me insinuó la conveniencia por el bien de España y la invocación del sagrado nombre de la patria no ha sido nunca para mí requerimiento vano. Yo espero que tan ilustres caballeros y patriotas como los aquí reunidos habrán meditado bien su plan, si es que de un plan se trata, y agradecería sus explicaciones sobre el objeto de esta entrevista.

Las palabras solemnes de su excelencia se desgranaban enrareciendo el ambiente.

El enviado de la Gran Logia de Madrid no pudo contenerse:

-Excelencia, sus palabras me causan la impresión de que al llegar aquí desconoce aún nuestros propósitos y planes, y, a lo que tenía yo entendido (ésta es la razón de mi viaje desde la Corte) contábamos ya con la adhesión valiosísima de vucencia, quedando sólo por fijar los últimos detalles. Pero como ya no es tiempo de vacilaciones, he aquí en pocas palabras de lo que se trata: la audacia y la indignidad de los serviles ha llegado a un punto en los últimos tiempos que exige una pronta reacción nacional. Jefes y oficiales del Ejército, que se han batido por la independencia de la patria, se ven perseguidos, postergados y castigados por expresar su lealtad a la Constitución, como si el amor a la Libertad fuera pecado nefando o traición. No

tengo que recordar el nombre del valiente general Porlier, ni de su ayudante Umendía, o el general Lacy, fusilado en el castillo de Bellver, ni el de los oficiales del batallón de Marina, o los del de Santiago, o el de Mondoñedo y el de Lugo y el del Cuadro de Navarra, o los oficiales de artillería Viguri, Ángel Ruiz, Pezuela o mi amigo César Tournelle. En la memoria de todos están las persecuciones de los paisanos de La Coruña que se mostraron partidarios de la Constitución. Entre ellos había eminentes clérigos como don Manuel Pardo, don Joaquín Patiño y don José -174- Gayo; el alcalde Larragoiti, el prior del Consulado don Marcial del Adalid; comerciantes, artistas, el director de la Fábrica de Tabacos don Marcelino Calero. Y no era bastante esa persecución implacable. El propósito de la camarilla fernandina de enviar a una muerte cierta a nuestros soldados preparando esta expedición a América para combatir a unos hermanos que pelean por sacudir allá el yugo que aquí nos oprime, ha sido la gota de agua que derrama el vaso de nuestra paciencia. ¿No es así, señores? -preguntó dirigiéndose a los reunidos que afirmaron en silencio con la cabeza-. Y no sólo se trata de combatir a gentes que profesan nuestros mismos principios, sino que para el transporte se han comprado y dispuesto unos buques que no resisten dos días de navegación, cuanto menos la travesía a Indias. Vucencia debe de conocer, quizá mejor aún que yo mismo, el escándalo de ese negocio vergonzoso: España ha pagado en buen oro una mercancía inservible por averiada y en esos navíos que están casi pasados de punto para el desguace, se pretende embarcar al ejército expedicionario. La ofensa es directa al Ejército y así lo han entendido estos amigos. La hora de la redención de España está marcada y recordando que vucencia ha combatido también por la independencia nacional, fue regente del reino y ha tenido su vida amenazada en cierta ocasión por los manejos del servil Eguía, hemos creído que el nombre de vucencia al frente de este movimiento sería la mejor garantía de nuestros nobles propósitos. Y ahora, excelencia, esperamos vuestra decisión para poneros al frente de las tropas que en la noche de mañana, al terminar la revista de fuerzas en el Palmar, proclamarán la gloriosa Constitución de 1812 que tantas ilusiones vio nacer, para morir, desgraciadamente muy pronto, a manos de los serviles.

El señor Conde de La Bisbal encajó sin pestañear el discurso del representante de los masones. Dos o tres veces levantó el arco de la ceja derecha, pero inmediatamente recobraba la impassibilidad. Al terminar las palabras -175- precedentes, los reunidos clavaron sus ojos en el señor Conde de La Bisbal.

Éste carraspeó, apartó de delante de sí en la mesa una copa de agua, dirigió una mirada circular a los conspiradores y cuando se disponía a romper el más espectacular de los silencios, dos solemnes campanadas del reloj de cada comedor, marcando los dos cuartos para las siete, hicieron recordar a todos que inexorablemente se iba aproximando el momento para la ejecución de su compromiso.

-Señores -comenzó el general con la mirada como perdida en la lejanía y el acento grave que correspondía a su elevada condición-, no he de negar que el misterio de que se había rodeado la invitación que ustedes me hicieron para acompañarles hoy tenía su justificación. No quisiera yo que mis palabras se interpretasen torcidamente. Si no he comprendido mal, propóñenme ustedes lo que pudiera yo llamar un honor y un deshonor: el honor de que su proyecto vaya unido a mi nombre al otorgarme el mando; el deshonor de que traicionando la confianza de su majestad, que Dios guarde, tiene en mí puesta, atente contra las facultades que como nuestro legítimo soberano tiene. ¡Dolorosa encrucijada de honores y deberes, para quien como yo, teniendo, ustedes lo saben y tal creo sea la razón de su confianza, en el fondo sentimientos liberales, ha hecho de la lealtad a su rey el norte y guía de una conducta que ha merecido más de una vez el dictado, acaso excesivo, de intachable!

De uno de los extremos de la mesa interrumpió una voz:

-Perdone vucencia, pero nadie piensa en atacar a su majestad. El movimiento es exclusivamente contra el servilismo que tiraniza a la nación.

El que así cortaba el hilo de los complejos pensamientos de su excelencia era uno de los civiles, representante de los clubs políticos de Cádiz. Levita

café, plastrón azul, guedejas negras rizadas, frente no demasiado amplia y con la tez pálida del conspirador romántico, don -176- Tomás Istúriz, miró en su alrededor como buscando aprobación a lo dicho.

Su excelencia se había congestionado ante el atrevimiento de Istúriz. Los dedos de su mano izquierda que tamborileaban con las yemas sobre la mesa mientras hablaba el osado interruptor, cesaron en su ejercicio y quedaron crispados, aprisionando una cucharilla de postre. Se oyó el trémolo de un fuerte carraspeo y la voz del señor ex regente del reino se hizo más ronca.

-Mi situación y mis antecedentes, señores míos, creo que me hacen acreedor al máximo respeto. Se me plantea un problema de conciencia y cuando expongo sinceramente lo delicado de mi posición, se cruzan aclaraciones innecesarias, porque si de algo que se dirigiera contra su majestad se tratase, arrestos me sobran para perder la vida en su defensa luchando solo contra sus enemigos.

El tono heroico que por momentos adquirían las palabras en boca del general, tenía intimidado a algunos, pero el representante de la Logia de Madrid, el coronel Arco Agüero y los tenientes coroneles Quiroga y Roten, tras cruzar unas miradas de inteligencia, habían hecho ademán de incorporarse de sus asientos cercanos a la puerta. El señor Conde de La Bisbal captó con prontitud el peligro y cambiando de tono agregó precipitadamente:

-... Pero por fortuna no es ése el caso. Sé que todos ustedes son fieles vasallos de su majestad y acendrados patriotas -los que se incorporaban volvieron a sentarse-. Es muy cierto que de un tiempo a esta parte se han cometido abusos -su voz iba adquiriendo otra vez acentos de epopeya-, y yo he sido el primero, señores, que arrostrándolo todo, he denunciado ante nuestro amado monarca el rey don Fernando, a aquéllos que medran sin consideración y especulan con los dolores nacionales. Lo he denunciado y he clamado justicia..., por eso comprendo muy bien los sentimientos que les animan y que yo no pudiera decir que repudio. Yo sé que su majestad no está contento de algunos que titulándose -177- sus más rendidos servidores, lo presentan a él,

cuya sola preocupación es hacer la felicidad de España, como a un déspota sin alma, y tengo mis razones, que me permitirán ustedes me reserve por ahora, para creer que un cambio de política está próximo. Comprendo su impaciencia, pero yo quisiera, señores, que ustedes comprendieran también que tan grave decisión, ya que la máxima responsabilidad se echa sobre mis hombros, requiere por lo menos meditar en los detalles del plan elaborado, para que nada quede sin prever. ¿Puedo, pues, señores, demorar mi respuesta hasta las nueve de esta noche?

Al observar el general los cuchicheos de los conspiradores, continuó:

-Mi propuesta es la siguiente: que me acompañe usted, mi coronel - señalaba al que le había transmitido la invitación-. Nosotros permaneceremos en el Puerto en su alojamiento. Ustedes, los demás, nos esperan aquí. A las nueve estaremos de regreso con mi respuesta y así no se levantarán sospechas. Desde las nueve hasta mañana a la hora fijada hay tiempo para circular las órdenes y que cada uno se haga cargo de su mando. -Y terminó sonriente-: ¿De acuerdo, señores?

-De acuerdo -contestaron a una los conspiradores.

Con gran ceremonia y estrechando la mano de cada uno de los presentes, el señor Conde de La Bisbal, ex regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias de la nación, salió acompañado del coronel, mientras la reunión se iba animando con el convencimiento de que se había definitivamente adscrito al Liberalismo la prestante figura del general O'Donnell, conde de La Bisbal.

* * *

Bajo el cielo estrellado de la bahía de Cádiz las blancas casas del Puerto de Santa María se recortaban en el azul profundo del firmamento. El rumor de las olas al deshacerse contra la costa daba al cuadro la apacibilidad de una bella estampa marinera. Lentas campanadas -178- del reloj de la parroquia marcaron, tras los cuatro cuartos de sonido alegre, nueve golpes espaciados y

sonoros cuyas graves vibraciones iban a perderse sobre las aguas o a quebrarse en las callejuelas impregnadas del yodo de la mar. La paz de la noche veraniega parecía no poder turbarse.

En el alojamiento del coronel, el señor Conde de La Bisbal disfrutaba del sereno espectáculo espiando la calle solitaria, tras el balcón de una salita con suelo de mosaico rojo, muebles enfundados de blanco, doradas cornucopias en las paredes y en la que, ante una campana de cristal de la Virgen del Rosario, erguida en panzuda consola de caoba y custodiada por esbeltos búcaros de porcelana donde se desmayaban unas pocas rosas rojas, ardía mortecina lamparilla de aceite.

Un oficial envuelto en larga capa apareció por la esquina de la calle a poniente y avanzó con cautela pegado a las casas de la acera opuesta hasta ocultarse en un gran portalón frente por frente al del alojamiento del coronel. El general O'Donnell siguió todos los pasos del prudente oficial, abrió el balcón procurando no hacer ruido con la falleba, sacó el brazo derecho arrojando un papel, cerró de nuevo el balcón y con aire inocente se sentó sin prisa en una de las enfundadas poltronas. En aquel momento se oyó la voz del coronel.

-¿Da vucencia permiso?

-Adelante, coronel -respondió el conde, que no pudo evitar su estremecimiento pensando que pudiera haber sido oída su maniobra.

El coronel asomó respetuoso a la puerta. Nada indicaba que tuviera sospechas. Adelantó tres pasos, en tanto se levantaba el señor conde, y dijo:

-Han sonado las nueve hace poco y los compañeros deben de estar ya impacientes. ¿Le parece a vucencia que vayamos?

-Vamos. Se pasó pronto el tiempo, coronel, y aunque no es mi hábito, llegaremos con algún retraso.

Descendieron hasta la calle y con paso no acelerado, que eso no lo permitía la prosapia de su excelencia, pero -179- sí seguido, se encaminaron al cuartel.

El señor conde alargaba el oído. Antes de doblar la esquina se oyeron no demasiado lejos los cascós del galope de un caballo. El general O'Donnell respiró profundamente. Su ayudante continuaba desenvolviendo la brillante táctica que tanta fama diera en la guerra y en la paz al avisado don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal.

Cuando llegaron al cuartel y el general jefe accedió a ponerse al frente de los constitucionalistas, tras de haber exigido garantías de que nada se tramaba contra el rey y de que se reunirían aún al día siguiente a las cinco de la tarde, cada uno de los comprometidos se dirigió a su puesto.

La estrellada noche gaditana cobijó diversas galopadas que con órdenes secretas se iban precipitando por los caminos que se dirigían a Cádiz y a los acantonamientos de fuerzas del ejército expedicionario. Al trote largo de su tronco de azabache, la carretela de su excelencia desanduvo el camino hecho por la tarde. Los agitados pensamientos del prócer se apaciguaron con las caricias de la brisa nocturna.

* * *

En la alcoba de su casa en Cádiz, su excelencia dormía con beatitud, no sabemos si soñando con la solemne imposición de la gran cruz de Carlos III, o con la gloria de haber proclamado la Constitución doceañista. Unos golpes discretos dados a la puerta de la alcoba volvieron a la vigilia al insigne guerrero.

-¿Qué pasa? -inquirió con voz somnolienta.

-Excelencia, el general Sarsfield desea hablarle con urgencia -dejó oír a media voz el ordenanza.

-Pero ¿qué hora es? -preguntó el conde.

-Las dos y media, excelencia.

-Tráeme las pantuflas, y un pantalón recto, y dile al general Sarsfield que pase -añadió nervioso el señor conde.

-180-

Levantose el prócer, se puso, remetiéndose la larga camisa de dormir, los pantalones que le tendía el servidor, deslizó los pies dentro de las pantuflas en chancleta, se alisó los cabellos con la mano izquierda y sin acordarse de que llevaba puesta una bigotera, se adelantó a la puerta a esperar a Sarsfield, el general de caballería del cuerpo expedicionario.

Anunciado por el sonar de sus espuelas, apareció éste.

-Perdón por la visita intempestiva, excelencia, pero el asunto bien merece, creo yo, interrumpir su sueño -dijo sin excesivas contemplaciones el de caballería.

-Pase y siéntese, general. Le escucho -susurró el conde.

-Acaba de llegar un correo especial de Madrid con este pliego urgente para vucencia.

Mientras lo decía, sacaba del bolsillo interior del dormán un sobre lacrado y se lo tendía al general jefe. Éste, con la parsimonia que le caracterizaba al actuar delante de sus subordinados, rasgó el sobre y no pudo contener un gesto de desagrado al leer las cortas líneas del mensaje. Dirigiéndose a Sarsfield, preguntó:

-¿Sabe usted de lo que se trata?

-No, mi general, pero imagino que debe de ser importante porque Regato esperaba que llegase hoy algo para vucencia.

-El asunto es grave, Sarsfield, y sólo a un soldado probado como usted en cien ocasiones se le puede dar a conocer. Claro está que mis palabras son confidenciales y en servicio de su majestad.

-Me alarma vucencia, señor conde, y las espero impaciente -dijo con el heroico continente del que no vacila en lanzarse a un espantable abismo.

-Gracias, Sarsfield, sabía que podía contar incondicionalmente con usted, y en estos revueltos tiempos en que andamos, la lealtad es una de las más escasas virtudes. En este orden de ideas, general, mi criterio ha sido siempre que a los leales se hace necesario premiarles.

Ante un gesto de su interlocutor, que lo mismo podía expresar agradecimiento por la insinuada promesa de -181- recompensa que convencerle de que ésta no se requería para asegurarse su colaboración, continuó el prócer con prosopopeya:

-No, no es que sea preciso para estimular al leal. El leal lo es en cualquier momento y condición; pero sí se me hace que el escatimar las recompensas puede hacer vacilar a quien no esté muy firme en sus convicciones. Sé muy bien, querido Sarsfield, que no es éste su caso -añadió ante otro gesto indefinible del general de caballería-; pero vamos al mensaje que es lo que interesa.

La voz del ex regente del reino perdió su resonancia y adquirió un matiz aterciopelado de confianza.

-Del Ministerio me dicen que algunos de mis oficiales y los masones preparan para muy pronto un levantamiento constitucionalista.

Clavó el conde los ojos en Sarsfield, y al observar que éste mostraba fiera indignación, cobró ímpetu.

-¡Esto es una vergüenza, mi general! No hay manera de pasar dos meses tranquilo sin descubrir una conspiración. La noticia, debo decírselo, no me ha sorprendido demasiado. El hábito de mando y la obligación de conocer a mis gentes me había hecho olfatear que se estaba preparando alguna cosa.

-La sagacidad de vucencia es proverbial -comentó el pazguato admirador de su excelencia.

-¡Ah!, pero esta vez van a saber quién es el Conde de La Bisbal. Le aseguro que no va a haber contemplaciones. Como me llamo Enrique O'Donnell.

El conde se había puesto en pie y medía a grandes zancadas la habitación.

-Sin embargo -agregó un poco más calmado-, hay que actuar con prudencia y rapidez.

Hizo una pausa, como meditando, y exclamó:

-Tengo ya el plan, Sarsfield.

-Estaba seguro de ello, excelencia.

-Mañana -dijo O'Donnell sentándose en una silla cerca de Sarsfield-, habrá una revista en el Palmar del Puerto de Santa María. Hay que dar la orden de que -182- salgan inmediatamente hacia allí dos brigadas de las de guarnición, y usted mañana a las cuatro de la tarde se pone en camino con toda la caballería. Yo estaré en el Puerto y tomaré el mando de las fuerzas de Cádiz que acordonarán el campamento del Palmar en el instante mismo en que le divise a usted, e intimaré a la rendición a los sediciosos.

-Pero eso puede ser peligroso para vucencia, mi general.

-¿Y qué? No será ésta la primera, ni espero que la última vez en que ponga la vida en peligro por defender a mi rey -salmodió el ilustre personaje.

Se levantó, dando por terminada la entrevista, trató de atusarse los bigotes tropezando con la bigotera, y dirigiéndose al fiel subordinado realista, le confirmó:

-En usted confío, general, para que mis órdenes se cumplan con exactitud y rapidez. De su actuación diligente y discreta puede depender la felicidad de España y de nuestro rey don Fernando -terminó el general jefe, estrechando la mano de Sarsfield.

Al salir éste de la alcoba de su excelencia, el señor conde se metió de nuevo en la cama, y al acostarse se llevó la mano derecha al lado izquierdo del pecho tanteando el lugar en el que pronto luciría la gran cruz de Carlos III. La mala suerte de los constitucionalistas así lo había dispuesto. La táctica del señor Conde de La Bisbal no podía fallar y no fallaba.

* * *

Campamento militar del Palmar, en el Puerto de Santa María. Los toques de corneta se sucedían para activar los preparativos de la revista. Las unidades iban formando con arreglo a lo dispuesto. El sol levemente inclinado de las cuatro y media de la tarde caía inmisericorde sobre los soldados. Los furrieles habían andado muy activos toda la mañana inspeccionando armas en las compañías. Se había anunciado que su excelencia -183- el general jefe, don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y ex regente del reino, vendría a presidir el desfile.

* * *

La tarde caminaba bajo el sol al filo de las cinco. En el cuartel del regimiento de la Corona los conspiradores constitucionalistas esperaban al señor Conde de La Bisbal. Todo estaba dispuesto. El comandante Quiroga llevaba en un bolsillo la proclama que había de leerse a las tropas, anunciando que el Ejército había decidido acabar con el servilismo y con la expedición a América.

Cuando entró el general con el eco de la última campanada del reloj, un buen observador hubiera visto que trataba de ocultar su nerviosismo jugueteando con la fusta. Se sentaron todos, como en la tarde anterior, alrededor de la gran mesa. El general, sin embargo, continuó de pie, junto a la puerta, acompañado de sus dos ayudantes.

-Señores -dijo de repente, con voz de Júpiter tonante-, se me han ocultado puntos transcendentales del proyecto de ustedes.

Las palabras del señor Conde de La Bisbal cayeron en los reunidos como una ducha de agua helada. Continuó el general:

-Sé; lo sé sin ninguna duda, que se trata no sólo de minar abusivamente la autoridad legítima del rey, sino que, incluso, por parte de algunos, se piensa en destronar a su majestad.

-Mi general, lo han engañado -interrumpió el comandante San Miguel-. Ésa es una calumnia mal urdida contra nosotros.

-No hay calumnias que valgan, comandante. Sé bien lo que me digo. Y mientras esto se pone en claro, me veo en el deber de advertir a ustedes que conmigo no puede contarse para semejante atentado. Son las cinco, señores jefes y oficiales, y les recuerdo que es preciso asistir al desfile ordenado por mi autoridad. Nada ha -184- de acontecer esta tarde de lo platicado, y espero de cada uno de ustedes que sepan atemperarse a las circunstancias.

Estallaba el rumor de la indignación. El general, sin dar tiempo para que se respondiera a sus falsas acusaciones, dio media vuelta estirado como un pavo real, y dándose suaves golpes con la fusta de montar sobre las lustrosas botas altas charoladas, salió de allí con la dignidad de un personaje herido y el aire señorial de quien, no en vano, había sido regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias de la nación.

Los comandantes Quiroga y San Miguel y don Tomás Istúriz querían alcanzarle para exigir explicaciones. Algunos compañeros lograron disuadirles asegurando que lo peor en aquellas difíciles circunstancias era el escándalo. Los paisanos decidieron desaparecer, aconsejando a los militares hacer lo mismo. Fueron minutos de espantosa confusión. Por fin se acordó que los jefes y oficiales asistirían al desfile y después se vería lo que más conviniese hacer. El acuerdo fue que era preciso, por lo menos, aplazar la ejecución del plan.

* * *

El desfile se desarrollaba, al parecer, normalmente. Los sones marciales de las bandas alegraban el espectáculo. Las unidades iban pasando por delante del excelentísimo señor Conde de La Bisbal, general jefe del ejército expedicionario, quien rodeado de su estado mayor, rutilaba al sol de la tarde. Su excelencia llamó a uno de sus ayudantes, cuchicheó algo a su oído y éste partió rápidamente a caballo.

Cinco minutos más tarde, el campamento del Palmar estaba rodeado por las fuerzas de la guarnición de Cádiz y la caballería al mando del general Sarsfield entraba en el centro del campamento. En rápido golpe de mano los jefes comprometidos eran rodeados por soldados con la bayoneta calada. Desarmados y custodiados se les condujo al cuartel bajo arresto. Uno de los oficiales -185- -el que el día anterior se preguntaba si no acabaría aquello como lo de Alicante- al pasar cerca del general jefe, no pudo contenerse:

-¡Miserable! -gritó.

Su excelencia hizo como que no lo oía. Su técnica había triunfado en toda la línea. Podía estar seguro de que junto a las demás condecoraciones, luciría muy pronto en su pecho, que en el fondo albergaba sentimientos liberales, la brillante gran cruz de Carlos III.

El 8 de julio de 1819 marcaba una etapa lograda en las infinitas ambiciones de don Enrique O'Donnell.

* * *

Pocos días después los papeles periódicos de Cádiz y de Madrid daban cuenta de una real orden:

«Por cuanto el excelentísimo señor don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, capitán general del Ejército, ha acreditado el mayor celo en defensa de la monarquía y de la patria, con ocasión de la abominable conjura del 8 de julio último en el campamento del Palmar del Puerto de Santa María, encaminada a

atentar contra los sagrados, legítimos y absolutos derechos del rey nuestro señor que Dios guarde:

Su majestad el rey don Fernando VII (q. D. g.) se ha dignado conceder al señor Conde de La Bisbal la gran cruz de Carlos III, libre da derechos.»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

